

¿POR QUIÉN BRILLA CASIOPEA?

I

LA PLENITUD DE CASIOPEA

Martín, el doctor Martín, el respetado y reputado doctor Martín, se encontraba contemplando el firmamento en el silencio de la noche. Le gustaba mirar las estrellas, tumbado en su hamaca, desde la tranquilidad de su jardín. Le transmitían calma y paz, le ayudaban a serenar el espíritu. El octubre cordobés se abría paso, con su melancolía, dejando atrás el calor estival. Las noches todavía se presentaban apacibles; últimamente, el frío cada año tardaba más en llegar. Martín, el cirujano Martín, centró su atención en las cinco estrellas con forma de M que formaban la constelación de Casiopea. Apenas tenía unas vagas nociones de astronomía, pero conocía muy bien esta constelación. Siempre la observaba con especial interés desde que Mireia, la mujer de su vecino y colega de profesión, le habló de ella. Fue un año atrás, también en octubre, cuando Martín acababa de mudarse a aquel chalet tranquilo a las afueras de Córdoba e invitó a algunos vecinos a una pequeña fiesta de inauguración.

– Qué velada tan agradable, Martín –le dijo Mireia, que se había acercado a saludar con su dulce y exquisita educación–. Te doy las gracias en nombre de Jaime y mío. Me alegra enormemente que mi marido te animase a comprar esta casa junto a la nuestra. Creo que vas a ser un vecino estupendo.

– Muchas gracias, Mireia. Eres muy amable. Yo también estoy muy contento de haber cambiado de aires. ¿Sabes lo que más me gusta de vivir aquí? Estas vistas –y abrió los brazos hacia el firmamento con un gesto ampuloso.

– Oh, sí, a mí también me parecen maravillosas. ¿Has visto la intensidad con la que brilla Casiopea? –y señaló hacia un punto concreto del cielo en el que, en efecto, cinco estrellas brillaban mucho más que las demás–. Octubre es el mejor mes para verla en todo su esplendor. Las cinco estrellas que la conforman tienen nombre: son Caph, Schedar, Cih, Ruchbah y Segin.

Ante la cara de asombro de Martín, su vecina se justificó:

– No soy tan pedante como para saber el nombre de todas las estrellas. Pero es que Casiopea siempre ha sido mi constelación favorita. Creo –añadió pensativa– que se debe a su peculiar forma de M. M de Mireia.

– O M de Martín –respondió risueño su vecino, y ambos rieron, mientras Jaime se acercó y se unió a la charla preguntando, con el semblante algo serio, qué era eso que les hacía tanta gracia.

II

CAPH SE APAGA

Martín, el insigne cirujano Martín, estaba una noche más en su jardín observando el cielo. Era viernes por la noche. Había sido una semana intensa en el hospital. Necesitaba practicar ese ritual suyo de observación astronómica para adentrarse en el fin de semana en un adecuado estado de sosiego. En el silencio de la noche, mientras sus ojos recorrían una a una las cinco estrellas de Casiopea, le pareció escuchar unos gritos cercanos. No era la primera vez que esto ocurría. A veces, Jaime y Mireia discutían (sobre todo, era Jaime quien solía gritar). Martín daba por hecho que era algo normal. ¿Qué pareja no tiene alguna que otra discusión de vez en cuando? Optó por neutralizar esa distracción, colocándose sus auriculares para disfrutar del *Nocturno Op.9 n°1 en si bemol menor* de Chopin. Aquello era vida... Y, sin embargo, a Martín le pareció que una de las estrellas de Casiopea comenzaba a apagarse lentamente.

III

SCHEDAR SE APAGA

La noche posterior, la escena se repitió casi con exactitud. Solo se añadió un factor más a la ecuación: además de Martín mirando el cielo y los gritos de Jaime, le pareció escuchar una especie de amenazas que culminaron (no estaba del todo seguro) en unos golpes secos y violentos. Tras

esto, un silencio sepulcral se adueñó del jardín. La tensión estaba subiendo más de la cuenta en la casa de al lado. Pensó que, tal vez, debería hablar con su colega para interesarse por lo que estaba sucediendo. Sin embargo, el lunes siguiente Jaime y Martín se saludaron en el hospital como si nada hubiera pasado. Y todo siguió como estaba.

Esa noche no tuvo ganas de recrearse contemplando el firmamento. Antes de ir a dormir, sin embargo, echó un vistazo hacia arriba desde la ventana de su habitación. ¿Se estaba apagando una segunda estrella de Casiopea? ¿No había dicho Mireia que octubre era el mes en el que más brillaba?

IV

CIH SE APAGA

El siguiente fin de semana, Martín invitó a sus vecinos de al lado a cenar. Hablaron un poco de todo: ellos de su trabajo en hospital, ella del suyo en la universidad, los tres de asuntos políticos en los que no profundizaron demasiado... Todo transcurrió con normalidad, pero Martín pensó que la mirada de Mireia no tenía la misma vitalidad de siempre. La notó distinta y distante, incluso un poco acobardada. ¿Llevaba más maquillaje de lo habitual en uno de sus pómulos? Pensó en preguntarle directamente si se encontraba bien, si había algo que le preocupase. Pero finalmente no dijo nada. No quería inmiscuirse en la vida privada de la mujer de su colega de profesión. Tanteó otra opción: preguntarle a Jaime. Pero tampoco lo hizo. Esa noche, Martín vio con claridad cómo una tercera estrella de Casiopea comenzaba a apagarse.

V

RUCHBAH SE APAGA

Noviembre se había instalado sutilmente en el jardín. Las noches eran ya algo más frías, si bien todavía se podía estar un rato disfrutando del paisaje nocturno con una fina chaqueta.

¿Qué eran aquellos gritos? Esta vez, el viento de noviembre llevó con nitidez hasta sus oídos unas hirientes y duras palabras:

– “Que no te vuelva a ver coquetear con otros hombres. ¡Y no vuelvas a salir de casa vestida como una puta!”.

Sí, esta vez no había dudas: su vecino estaba por completo fuera de sí. Martín pensó que no podía permanecer así, mirando siempre hacia otro lado. ¿Y si llamaba a la policía? ¿O, mejor, al 016? Durante unos segundos estuvo a punto de hacerlo. Sería una llamada anónima, nadie sabría quién había dado el aviso. Pero finalmente no hizo nada. Ni siquiera cuando los golpes atronaron. Se colocó sus auriculares y, en esta ocasión, fue la *Novena sinfonía* de Beethoven la encargada de ocultar la realidad una vez más. Una cuarta estrella se apagó en el firmamento.

VI

SEGIN SE APAGA

Al día siguiente, mientras desayunaba apaciblemente en casa, Martín, el doctor Martín, el respetado y reputado doctor Martín, escuchó bastante revuelo que provenía del exterior. Se dirigió hacia el salón y vio, asomado entre las cortinas, que en la calle había una ambulancia, dos coches de policía y algunos periodistas. Se preguntó cómo era posible que los periodistas llegaran siempre los primeros a todos los sucesos. Parapetado tras su ventana, vio cómo introducían en la ambulancia una camilla con un cuerpo humano cubierto por una manta térmica de un brillante color dorado. Martín se estremeció. Sabía que, tarde o temprano, esto acabaría ocurriendo. Y se sintió un miserable por no haber actuado cuando pudo hacerlo. Pensó que aquella muerte era, en gran medida, culpa suya. Pensó también que la última estrella de Casiopea debía haberse apagado. La claridad del día le impidió comprobarlo.

VII

EL RENACER DE CASIOPEA

Esa misma mañana, al llegar al hospital, Martín hizo una pausa en la cafetería. Quería conseguir la energía que le faltaba a base de más cafeína. El camarero, que en el día a día era un hombre de lo más callado y tranquilo, se dirigió a él con gran nerviosismo:

– ¡Oh, Dios mío! ¿Sabrá usted ya la terrible noticia, verdad?

– Sí, sí... No tengo palabras... –respondió Martín, con la mirada hundida en el suelo.

– ¡Pobre doctor don Jaime! Aún no puedo creer que su vida termine así...

– ¿Qué su vida termine así? ¿A qué te refieres?

Justo en ese instante, las noticias irrumpieron en la televisión de la cafetería. El camarero subió el volumen.

– «Y hoy, la ciudad de Córdoba se ha despertado con una trágica y rocambolesca noticia. Don Jaime Espinosa de los Monteros, reputado cirujano del Hospital Reina Sofía, ha sido hallado sin vida en su domicilio. Al parecer, según los primeros indicios, el doctor se habría quitado la vida tras propinar, presuntamente, una brutal paliza a su mujer –los ojos de Martín se abrían cada vez más, hasta alcanzar las dimensiones de dos enormes platos–. El doctor Espinosa pensó, según esta primera hipótesis, que había matado a su esposa y se quitó la vida de inmediato. Sin embargo, al parecer la mujer estaba inconsciente pero con vida. Fue ella misma quien, tras recobrar el aliento unos minutos después, llamó a los servicios de emergencias. Mireia, que así se llama la presunta agredida, se recupera en la UCI de las lesiones sufridas pero se encuentra fuera de peligro».

Esa noche, cuando Martín miró hacia el cielo desde su jardín, Caph, Schedar, Cih, Ruchbah y Segin brillaban con más fuerza que nunca. Casiopea volvía a mostrar al mundo su maravillosa forma de M. Era la M de Mireia, por supuesto, y no la de Martín. Casiopea solo brilla por quien lo merece.